

que hizo Cárlos por medio de la energía de su carácter. Supo quién era, quiénes eran sus padres, y á nadie dejó descubrirlo. No obstante, inmensa fué su satisfaccion cuando supo que Berta era su madre; entonces vino á comprender por qué los movimientos de su corazon le impelieran de preferencia hácia ella. Entonces pudo ya abandonarse Berta, en lo interior de su modesto domicilio, á las expansiones de un afecto de madre, que llenaron de indecible felicidad todos sus instantes. Cárlos no olvidaba por esto á las buenas gentes que en cierta manera le adoptaron; y el futuro emperador continuaba llamándoles padre y madre, y hermanos y hermanas á sus hijos. Tambien continuó concurriendo dia con dia á los ejercicios que se practicaban en el domicilio del señor de Pell, que bien sabia poco mas ó menos lo que era Berta, pero que ignoraba todavía la ilustre condicion del pajecillo á quien habia creído poner en carrera acogiéndole en su casa. Jamas le manifestó Cárlos, por el mas leve impulso de orgullo, el cambio que se habia operado en su destino; por el contrario, mostróse mas y mas empeñoso en continuar en sus ejercicios, mas y mas dócil á los consejos de sus maestros: un instinto secreto le decia, que para saber mandar es necesario haber aprendido á obedecer.

VI.

ENVIA PEPINO UN PRECEPTOR A CARLOS.

DURANTE estos primeros años, habia dejado el rey Pepino que se desarrollasen á su sabor las fuerzas morales y físicas de su hijo. Cuando consideró que se preparaba para recibir los grandes estudios que forman la ciencia, envióle en clase de preceptor y de ayo á Alcuin, que era el hombre de entendimiento mas sublime y mas cultivado que en aquel tiempo hubiese. Entonces fué cuando tuvo Cárlos que estar ausente mas de un dia del lado de su madre: pero aquel y ésta habian de verse reunidos muy en breve en un lugar de que eran dignos ambos, y no tardó este pensamiento en consolarlos de la ausencia. Marchóse Cárlos con Alcuin á viajar por remotas tierras, lo cual debia servirle de tanta instruccion como los preceptos de su maestro. Primero vió la Francia, país de sus antepasados y su futuro reino, y encontróla ya poderosa en manos de su padre; pero hizole conocer Alcuin, que no seria realmente digna de tener lugar entre las naciones, cuya fama fuese imperecedera, hasta que no hubiese un conjunto de leyes y un derecho comun. Dicese que desde aquel momento resolvió Cárlos emprender la gran tarea, que realizó mas adelante bajo su reinado, de reunir todas las leyes que se hallaban diseminadas, y formar con ellas, bajo el título por siempre famoso de *Or-*

denanza de Carlo-Magno, la base del derecho y de la jurisprudencia de Francia. Tambien observó la tendencia que habia entre los barones francos á paralizar, con sus incesantes disensiones, la obra de la civilizacion moderna, que con muchos siglos de anticipacion ya le hacia entrever su ingenio: desde esta época se propuso unirlos, por la fuerza si no era posible de otro modo, para que todos tuviesen un solo interes y se encaminasen á un comun objeto. De Francia pasó á Italia. Roma tenia entonces por soberano á Constantino IV, que residia, como cabeza del imperio de Oriente y Occidente, en Constantinopla, pues los reyes griegos tenian subyugada á Roma desde sobre cuatrocientos años hacia.

Repentinamente fijóse en la mente de Cárlos la idea de que no habia de ser difícil destronar á usurpadores que desde tan remota distancia reinaban, y que presentaban un origen de incesantes obstáculos al desarrollo de la Iglesia cristiana, único elemento reparador que hubiese en aquella época: despues cuando se vió con el papa Estévan II, concibió inmediatamente el gigantesco plan de crear una potencia espiritual única que residiese en el gefe de la Iglesia cristiana, y otra temporal y única tambien que residiese en él, Cárlos, hijo de Pepino.

De este modo aprendia Cárlos á conocer á fondo los países que mas adelante habia de gobernar, examinándolos, no como un príncipe que se ocupase mas en recibir aplausos que en observar, sino como un desconocido que lo viese todo, que todo lo penetrase con aquel mirar perspicaz que solo pertenece al ingenio.

Volvió Cárlos de su viaje á Francia é Italia mas instruido con lo que habia observado por sí mismo que con lo que su preceptor le enseñara; circunstancia de la cual Alcuin se regocijaba, pues el arte de enseñar consiste mucho menos en llenar demasiado la inteligencia de palabras y de preceptos, que en procurar al ánimo los medios de ilustrarse por sí, á fin de que broten de él, cual torrentes de luz, los pensamientos. En una palabra, era Alcuin el digno preceptor de Cárlos, y Cárlos el digno discípulo de Alcuin.

VII.

PRIMER ACTO DE AUTORIDAD DE CARLOS.

A pesar de los constantes esfuerzos del rey Pepino, casi toda la Alemania estaba todavía sumida en las tinieblas de la idolatría. Es cierto que algunos piadosos apóstoles de paz se habian trasladado á aquel país mucho antes que este monarca, para arrancar, por medio de la amabilidad de sus predicaciones, á aquella hermosa comarca de la barbarie en que vivia. Ni la sed de honores, ni el deseo de adquirir una vana gloria, ha

bia sido lo que les atrajera. Para enseñar á los hombres á favorecerse unos á otros, á construirse habitaciones cómodas y á vivir en sociedad, habíanse espuesto estos santos apóstoles del cristianismo y de la humanidad á los baldones, á los desprecios y al martirio. Entre estos piadosos misioneros habíase distinguido Kilien, varon de una santidad eminente, que, hácia las márgenes entonces despobladas del Mein y el Necker, habia sido, por la voluntad del Señor, el instrumento de la conversion de la raza germánica. En la época de Kilien habia un manantial fresco y saludable que servia de punto de reunion á los que se habian hecho discípulos del Evangelio. Allí era donde Kilien les habia administrado el bautismo. Ya el santo varon habia esparcido con abundancia en aquellas comarcas las simientes del divino Evangelio, cuando se ausentó de ellas para ir á limpiar nuevas tierras, dejando, cual diestro agricultor, al dueño del terreno el cuidado de que llegasen á su madurez las mieses. Empero habia dispuesto este divino dueño que Kilien se haria en breve uno de los mas gloriosos representantes de su fé por medio de la efusion de su propia sangre. Los mas venerables objetos no tardan en verse profanados cuando permanecen en manos de los hombres; y poco despues de la muerte del santo misionero, esparciéronse de nuevo las tinieblas hácia las comarcas del Necker, y una densa nube hizo desaparecer el cristalino manantial en que habia Kilien conferido el bautismo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Habian pues trascurrido muchos años cuando á Dios plugo encaminar los pasos de Alcuin y de Cárlos hácia todas las demarcaciones de Alemania: bajaron por la hermosa cañada del Necker, cuyas aguas dan caudal al Rhin. En las inmediaciones del Necker, cerca del lugar donde el Salm paga á su vez á este rio tributo con sus aguas, hay una eminencia denominada el Scheuerberg, al pié de la cual se dilata un valle que en aquella época no herloseaban ni risueñas campiñas ni praderas alfombradas de flores. La eminencia y el valle veíanse cubiertos de elevados robles cuyas copas servian de guarida á las aves carnívoras; á su sombra pacia el buey montés, y alimentábase el jabalí con sus raices. Pasó un dia Cárlos por este lugar, acompañado de su preceptor, y buscando alguna agua corriente con que saciar la sed que tenia, descubrió un copioso manantial, cuyas cristalinas aguas le fortalecieron, segun se dice, de una manera portentosa. En aquel momento presentósele un anciano cuyas alteradas facciones manifestaban una profunda pena. Una seña amistosa que le hizo Alcuin y una afable mirada que le dirigió Cárlos animáronle, y entonces dijo:

—¡ Vivimos en un siglo bien infortunado! Aquí es (y hace mucho tiem-

po de eso), donde Kilien, el santo mártir, ha predicado el Evangelio; aquí era donde bautizaba á los numerosos fieles que de todas partes acudían; y no eran únicamente los gérmenes de la fé los que en derredor suyo esparcia, sino la paz, la union y la fraternidad. Pero pasaron aquellos dias felices, nadie pide ya que le bauticen, y se ha estinguido la fé aun en aquellos que creyeron: los sacerdotes de los ídolos se introducen en todas partes para seducir á los hombres; y yo, sucesor débil de Kilien, paso una vida ociosa como un inútil siervo.—Y al hablar así vertia el anciano un mar de lágrimas.

Entre tanto observábale con atencion Cárlos.

—Venerable y piadoso anciano, díjole, ¿ no habéis estado, por ventura, alguna vez en el castillo de Pell y sus contornos, y no seréis quien en un tiempo presagió un glorioso porvenir á Cárlos, al pobre niño del molino?

El anciano, á su vez, púsose tambien á contemplar con detenimiento á Cárlos, y exclamó:

—En efecto, ahora ya os conozco. ¡ Ah! ¡ qué grande y que fornido estais! ¡ Ojalá vuestro entendimiento, cumpliendo con lo que ofrecia, haya crecido en proporcion de vuestro cuerpo! ¿ Pero qué mano misteriosa os ha enviado por estas comarcas y quién es ese varon imponente que con vos viene?

Cárlos contestó:

—No desconoceréis á ese varon, tan luego como os le haya nombrado: es Alcuin, quien me ha sido dado por un poderoso protector que tengo, para que guie mis primeros pasos por el sendero de la vida.

—¡ Alcuin! exclamó el anciano inclinándose: ¡ quién no conoceria ese nombre, y quién no se contemplaria consolado con ver al que lo tiene! Alcuin es una de las lumbreras de la Iglesia, y cada uno de sus elocuentes discursos brilla cual estrella en la frente de la santa Madre de Dios. ¡ Oh, bendito sea el instante que trajo á estos lugares al grande Alcuin y á su jóven amigo! ¡ Creo ver en este suceso la mano de Dios y la regeneracion del manantial santo!

Habló á su vez Alcuin.

—Santo sucesor del mártir, dijo, á Dios, que es el soberano dispensador de toda ciencia, es á quien devuelvo los elogios que de mí haceis, para dilatar vuestro corazon satisfecho. No soy, por otra parte, sino el empeñoso cooperador de los designios que sobre este jóven la Providencia tiene formados.

—Bien habia yo previsto, contestó el anciano, que la Providencia tenia miras secretas para con él, y que algun misterio rodeaba á un niño,

cuya sabiduría se parecía á la de Salomon, cuyo valor era semejante al de David. No os pregunto quién es: Dios lo sabe y con eso basta; pero aquel á quien se ha dado el distinguido Alcuin por guía, no puede irse de estas comarcas sin dejar en ellas un rasgo de esperanza.

Estaba enternecido Cárlos hasta lo mas recóndito del corazon con las palabras del anciano, y estrechando su mano con ternura, le dijo:

—Vos, que teneis fé y que la difundís, escuchad lo que voy á deciros: os ofrezco que, así como he calmado en ese mantial una sed corporal, así quiero que se convierta un dia en manantial de las mas copiosas bendiciones espirituales.

En el mirar de Cárlos, al paso que proferia estas palabras, resplandecia una santa y persuasiva confianza.

—Ahora puedo morir, dijo el anciano; la fé y la luz volverán á brotar del manantial, y volverán á verse los hombres como hermanos.

—Esas son maravillas que (tengo en ello firme esperanza) podréis ver operadas antes de vuestra muerte, contestó Cárlos.

—Dios os oiga y os vuelva á traer en breve por aquí, repuso el anciano, saludando á los dos viajeros que se marchaban.

Alcuin y Cárlos lograron comunicar con prontitud al rey Pepino lo que habia ocurrido: este condescendió en que ejerciese Cárlos allí su primer acto de príncipe; y no limitándose á esto, envióle cuantiosas sumas y procuróle otros medios para que llevase á cabo su intento. Entonces Cárlos regresó, con grande alborozo del anciano, al punto en que el Salm esparce sus aguas en el Necker: caminaba en pos suyo un gran número de jornaleros, á quienes mandó que levantasen en el manantial un templo para que en él se celebrase el oficio divino y se reanimase la obra del Evangelio en toda la comarca; estimulaba á los trabajadores y no perdonaba empeño ni desvelos para llevar adelante esta piadosa empresa. Concluyóse la obra en poco tiempo: desaparecieron las selvas, y las inmediaciones del manantial se trasformaron en praderas. El ejemplo eficaz de Cárlos, que en esta ocasion se mostró el mas humilde y empeñoso de los siervos de Dios, produjo tan ópimos frutos, que en el espacio de pocos años hizo el país portentosísimos progresos.

A fin de dar mayor realce al nuevo edificio religioso, Cárlos, mas adelante, cuando tuvo en sus manos el poder supremo, mandó levantar á su lado un palacio para él, al cual dió el nombre aleman de *Heilbzoun*, que traducido significa *Fuente de la salvacion*. Muchas personas hubo que fijaron su domicilio en derredor de la iglesia del manantial, y hoy se escucha el hervidero de las santas aguas, cual si fuese la melodiosa voz de algun espíritu del cielo, que derramando bendiciones se retirase á las alturas.

VIII.

EPILOGO.

ESTA obra santa, que sirvió de término á los viajes de Cárlos y Alcuin, fué en cierta manera el punto de transicion entre el humilde pasado y el magnífico porvenir del primero. Creyó Pepino que en virtud de este primer acto de poder, le preparaba admirablemente para que gobernase con acierto cuando llegase el dia en que habia de reemplazarle. Cuando Cárlos se regresó al molino, ya no encontró en él á su madre: habíase marchado ésta la víspera para el castillo de Ratisbona, en el cual se le reunió Cárlos, en cumplimiento de una órden que recibió, mandándole que así lo hiciera. Cárlos ansiaba tanto mas el felicísimo momento en que viese á su madre rodeada de la pompa de que era digna, cuanto que habia tenido que emplear los mayores esfuerzos para contener los impulsos de su justo amor propio filial: voló, pues, inmediatamente hácia su madre, que fué quien presentó á Cárlos á su padre, que se sobrecojió de cierto movimiento sobrenatural al verle. Pepino era un hombre ilustre, y para que su hijo le eclipsara despues, es necesario que haya sido uno de aquellos hombres raros de quienes hasta hoy solo cinco ha producido el mundo, que fueron: Alejandro de Macedonia, Julio César, Carlo-Magno, que es de quien ahora estamos hablando, Cárlos V y Napoleon.

Desde entonces residió Cárlos en la corte de su padre, pero no echó en olvido al molinero y su familia, y los colmó de beneficios. Mostróse generoso tambien para con los hijos de la muger que habia perseguido á su madre, pues los reconoció por hermanos, é hizo que Leon fuese electo Papa.

Resumamos: Cárlos, á cuyo nombre se agregó el título de Magno (en latin *magnus*) como si este epíteto y su nombre debiesen ser inseparables; Cárlos, repito, me parece el mas insigne de los cinco hombres ilustres que he mencionado. Como guerrero ¿qué no hizo? conquistó el orbe. Como legislador, ¿hizo menos? meditó en favor del mundo toda una ley única, la de la fraternidad cristiana en su mas majestuoso conjunto. Como emperador, fué tan poderoso, que los pintores le representan con un globo en la mano, para indicar que solo el poder de Dios era superior al suyo.

Si algun dia vais á la ciudad de Aquisgran, que convirtió en su capital, indeleble recuerdo que ocasiona que los habitantes de aquel país hayan permanecido desde hace tantos siglos franceses en el alma, leereis en su antigua catedral, sobre una piedra que no necesita de adornos, estas dos simples palabras latinas: *Carolus Magnus*." Y si concurrís en

aquella célebre ciudad, á lo que allí se denomina la festividad de las reliquias, que se celebra cada siete años en el mes de Julio, os enseñarán desde arriba de los balaustrados, carcomidos por el tiempo, de la torre erigida por Cárlos, huesos que tienen las inmensas dimensiones de los de un gigante; estos son los de Carlo-Magno, que se han traído del sepulcro como santas reliquias. Pero á pesar de la magnitud de estos restos de un cuerpo agigantado, son bien miserables y pequeños, si se les compara con el alma que en otro tiempo los animara.

DIA DEL SANTISIMO SACRAMENTO.

HE aquí, queridos niños, la festividad de vuestra predilección. Hoy es la música mas melodiosa, son mas ricos los ornamentos y mas numerosos los sacerdotes. Las capillas resplandecen, centellean los altares, cúbrese de rosas y de campánulas el pavimento de la iglesia, y embalsámase el aire con el aroma, el incienso y las flores.

Os gusta, ¿es verdad? ver como desfilan, por entre dos hileras de fieles prosternados, las prolongadas procesiones. La cruz, las banderolas de distintos colores, las doncellas vestidas de blanco, los cirios encendidos, los incensarios que suben y bajan, los monaguillos con sus cestitos adornados de cintas, todo esto os anima y enagena. Lo que mas admiracion os causa es ese magnífico tabernáculo que oculta á medias al Divinísimo cuando atraviesa, para bendeciros, los costados del templo ó las calles de la ciudad adornadas en demostracion de respeto y de gozo.

Pues bien, la pompa de esta festividad es muy inferior en grandeza al misterio que nos recuerda.

La víspera de su muerte fué cuando instituyó Jesucristo el Sacramento de la Eucaristía.—Estando cenando con sus apóstoles tomó pan, lo bendijo y lo distribuyó entre ellos diciendo: Tomad y comed, este es mi cuerpo. En seguida vertió vino en la copa, lo bendijo, como lo habia hecho con el pan, y se los dió á beber diciendo: Bebed todos, esta es mi sangre.

De este modo daba principio el Salvador al gran milagro de amor que se prosigue operando entre nosotros, y que renueva á cada instante la Iglesia ante nuestros altares. El Juéves Santo, que fué el dia en que se instituyera el Sacramento, debia ser naturalmente el dia de esta festividad. Pero la Semana Santa es una semana de dolores, y se ha perferi-

do remitir á un poco mas adelante la enunciada fiesta. Establecióla un papa de origen francés, llamado Urbano IV. Celebróse á los principios en una que otra diócesis, y despues se propagó en todos los pueblos cristianos, deseosos de recibir la bendicion solemne de su Dios.

Cuando vuestras madres, niños queridos, os hacen inclinar la cabeza, no es por el sol dorado que tiene el sacerdote en sus manos ante vosotros, sino por la hostia consagrada que guarda ese sol en el centro; es decir, por el cuerpo de Jesucristo, que se os muestra bajo la apariencia de pan, á fin de que le adoreis y le tributeis vuestro amor. No le olvidéis ni por un momento mientras dure la ceremonia, y procurad que la pompa que en esta ocasion despliega la Iglesia, no os haga perder de vista al Divino Redentor, que es el objeto de la fiesta.

LA CERVATA DE SERTORIO.

“Las pequeñas causas son las que producen los grandes efectos,” dice un proverbio, y este proverbio tiene mil razones; porque tal es la historia de casi todos los mas memorables sucesos de este mundo, y el origen de los descubrimientos mas interesantes que haya hecho el hombre. ¡Ah! cosa muy curiosa seria, hijos míos, referir el origen de todas las cosas. La bellota produce el encino, y el granó la espiga: el nacimiento de un caudadoso rio compónese muchas veces de un modesto arroyo: lo mismo sucede con las creaciones del hombre, con la mayor parte de los sucesos que á vuestra vista pasan. ¡Las pequeñas causas son las que producen los grandes efectos! Entre mil ejemplos que podria citar en apoyo de este dicho, voy á elegir el primero que á la memoria se me presente. Hubo todo un pueblo que fué vencido, sojuzgado. . . . y esto, ¿gracias á quién? á una corza. Escuchadme.

Sertorio era un general romano; hábale enviado á España el senado para que sojuzgase á los pueblos de aquella comarca, quienes, por medio de frecuentes sediciones, se habian sustraído del dominio de la república.

Sertorio, como hombre diestro y prudente, procuraba vencer á su enemigos mas bien por medio de la persuasion que por el de las armas: en vez de tratarlos con dureza, esforzabase en mitigar, por todos los medios posibles, el yugo que les imponia. Esto hizo que los españoles, lejos de combatir contra él, procuraban tenerle contento, y las mas veces venian á prestarle obediencia y á presentarle obsequios.